

La lectura cristiana de los “signos de los tiempos”

Quando se pone el sol, decís: “hará buen tiempo, porque el cielo está rojo como el fuego”. Y por la mañana: “hoy habrá tormenta, porque el cielo está rojo obscuro”. De manera que sabéis interpretar el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos (Mat. 16: 2-3).

Las palabras del Señor tomadas de Mateo 16, 2-6, nos sirven de guía en esta tema. A ellas conviene agregar la redacción lucana del mismo *loguion*, pues aclara su sentido: “Vosotros entendéis las señales de la tierra y del cielo. ¿Y cómo no reconocéis este tiempo?” (Lucas 12:56). El gran signo al cual se alude era la presencia misma de Cristo, que convertía a ese momento histórico en un kairós soteriológico.

1 Cuando el Papa Juan convocaba el Concilio por medio de la bula *Humanae Salutis* (Navidad de 1961), retomaba en un sentido plenamente evangélico y optimista una expresión que ya se nos ha hecho cara: “Queremos hacer un acto de confianza en el Salvador —decía el Pontífice— que nos exhorta a reconocer los signos de los tiempos, pues distinguimos en medio de estas tinieblas espesas numerosos indicios que nos parecen anunciar tiempos mejores para la Iglesia y el género humano”.

2 Su encíclica *Pacem in Terris* (1963) concluía cada una de sus cuatro partes con un intento de descifrar algunos signos característicos de los tiempos presentes que favorecen la realización del Evangelio. Al referirse, por ejemplo, a la promoción actual de los sectores del trabajo, al ingreso de la mujer en la vida pública y a la autodeterminación de los pueblos colonizados, Juan XXIII consideraba que estos fenómenos abren al hombre a los valores espirituales de la verdad, de la justicia, del amor y de la libertad, y que “bajo este mismo impulso se encuentran en el camino que los lleva a conocer mejor al Dios verdadero, es decir, trascendente y personal”. En efecto, mal puede comprender a un Dios salvador y libertador el hombre sin libertad ni indepen-

dencia. En otras palabras, el mundo sube casi espontáneamente hacia Dios. Toca a la Iglesia interpretar esta subida y señalar las puertas del Evangelio.

En su notable encíclica *Ecclesiam Suam* (1965), Pablo VI exige para la Iglesia una atención constante y vigilante "a los signos de los tiempos" para discernir en ellos lo que es bueno (I Tesalonicenses 5:21). Estos "signos" son los presagios de condiciones mejores para el hombre y al mismo tiempo una oportunidad para el Evangelio.

Tal es, también, el enfoque optimista y querigmático que penetra toda la Constitución *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. Ya en la introducción se lee:

"Toca a la Iglesia en todo tiempo el deber de escrutar los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio de manera que, adaptándose a cada generación, pueda responder a las perennes interrogaciones de los hombres" (nº 4).

Más adelante vuelve a afirmar:

"El pueblo de Dios, movido por la fe y conducido por el Espíritu de Dios, debe discernir en los acontecimientos, en las exigencias, en los propósitos de los cuales participa con los demás hombres de nuestro tiempo, cuáles son en ellos los verdaderos signos de la presencia y del designio de Dios" (nº 11).

He aquí trazado todo un programa de hermenéutica cristiana de los tiempos. La Constitución *Gaudium et Spes* es el gran documento profético —como veremos luego—, que orienta la lectura de los signos de la historia contemporánea.

I — LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

La lectura cristiana de los "signos de los tiempos" no consiste en una acomodación concordista del Evangelio a una situación dada e irremplazable. Sería una traición a la Palabra de Dios, que no es objeto de juicio humano, sino que juza e interpela. La hermenéutica de los "signos" busca en las coincidencias, detectadas sólo a nivel querigmático, la revelación de un profundo plan salvífico que se dibuja en la misma historia y es una provocación, para la Iglesia y para el cristiano, a realizar su misión de servicio para el hombre.

No pretendemos levantar un registro de todos los "signos" evangélicos que el cristiano puede discernir a la luz de la fe. Nos detendremos en algunos fenómenos típicos, para explicar la manera cómo coinciden el querigma y una situación presente. La lectura de los "signos" a la luz del querigma comporta inversa-

mente la relectura del querigma según las condiciones nuevas del mundo y de los hombres. Sólo en ese doble ejercicio se mantiene la actualidad del Mensaje, y se puede apreciar la "significación" salvífica de la historia humana.

Las angustias y esperanzas del mundo presente son el punto de partida del examen que hace la Constitución Pastoral de los "signos de los tiempos". La Iglesia busca, en este análisis atento y respetuoso, realizar una lectura "crisológica" de la situación que vive la humanidad de nuestros días. Ahora bien, la idea que permite ubicar "crisológicamente" al hombre y darle un lugar privilegiado en los designios divinos, es la que se refiere a su condición de imagen de Dios. Por ser tal, el hombre representa a Dios sobre la tierra y deberá definirse por la libertad, por la sabiduría, por el amor y por la creatividad. Pero como su arquetipo icónico es Cristo, debe estar polarizado hacia El, el Hombre Perfecto de esta creación: "El, que es imagen de Dios invisible" (Col. 1: 15), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado (cf. nn. 22 y 45).

Junto a esta concepción bíblica del hombre hecho a imagen de Dios, la *Gaudium et Spes* considera al hombre en su unidad de alma y cuerpo y en su radicación en la Ciudad terrestre, en la que está totalmente comprometido como condición para arribar a la Ciudad futura. Estas observaciones constituyen la clave para entender la lectura de los "signos de los tiempos".

1. *Libertad*

Si hay un bien del cual ha tomado conciencia el hombre contemporáneo, es la libertad. Más que nunca, siente el hombre de hoy "una sed de vida plena y libre" (nº 9), que le permita autorrealizarse con mayor plenitud. La libertad es sentida como la dimensión propia de la personalidad. Si bien el libre albedrío está perturbado por el pecado (nº 10), permanece como un don inalienable. Y aunque la libertad puede aparecer disminuida por la inserción del individuo en la comunidad —otra característica de la sociedad moderna—, sin embargo no es anulada, porque la persona libre se incorpora en el grupo con una función propia. La libertad auténtica, por otra parte, es limitada por la responsabilidad y el amor, que son sus propios brotes.

La Constitución *Gaudium et Spes* capta con gran sensibilidad esta exigencia de libertad, "signo admirable de la imagen divina en el hombre" (nº 17), que facilita a éste una apertura personal

y espontánea a su Creador, y lo hace más responsable por la elección consciente y libre de su fin (ib.).

Esta exigencia de libertad es un "signo de los tiempos": el Dios que libertó a su pueblo de la esclavitud, le impuso al hombre una ley de libertad para que pudiera colaborar en el plan salvífico. Dios no construye la salvación con esclavos, sino con seres libres. No impone la salvación, sino que solicita la respuesta libre y constante del hombre. Tan tremenda confianza en el hombre demuestra que Dios lo asume plenamente para el diálogo de la salvación. Esta libertad es un riesgo, pero es también una oportunidad para autorrealizarse en el orden de la salvación. El cristiano que sabe valorar su vocación a la libertad de los hijos de Dios (Romanos 8: 14-17; cf. nº 41) y sintonizar con la mentalidad moderna, no puede menos que sentirse llamado a realizar un designio de Dios en el kairós. Hoy más que nunca se le ofrecen las condiciones para realizarse. Sólo en la libertad podrá darse plenamente, podrá explotar las increíbles virtualidades de su fe cristiana y exigirse con una totalidad fecunda y creadora. ¿No es, por tanto, la actual exigencia de libertad un "signo" que permite al cristiano realizarse plenamente como tal?

2. *Unidad*

El mundo actual aparece cada día más unificado, más participado (v. gr. en el ámbito de la cultura, de los bienes materiales), tiene a una conveniente *socialización* y asociación civil y económica (nº 42), a formar una *comunidad universal* (nº 9). El documento conciliar reconoce de inmediato que *"la promoción de la unidad responde a la íntima misión de la Iglesia"*, que es como un "sacramento o signo" de unidad (nº 42).

La ascensión del mundo a la unidad es un signo de los tiempos favorable a la realización del mensaje evangélico del amor entre los hombres y coincide con la vocación del hombre a formar el pueblo de Dios. Dios salva integrando al hombre en una comunidad, ligándolo vertical y horizontalmente por los vínculos de la Alianza. El sentido profundo de esta dimensión social y comunitaria del plan salvífico radica en que Dios pone al hombre en la necesidad urgente de actuar el precepto arquetípico del amor al prójimo. Por eso el mandamiento nuevo de la Nueva Alianza se resume en la regla de oro de la caridad (Juan 13: 34; 15: 12-17; 1 Juan 3:11; 4:7). Es nuevo porque el amor cristiano ya no está limitado a un círculo geográfico o racial, sino que es sin horizontes. más favorables para realizarse en su vocación más profunda y

Hoy, así lo pensamos, se ofrecen al cristiano las condiciones

auténtica. ¿No será el momento de repensar toda nuestra ética en función de los "signos de los tiempos"? La *Gaudium et Spes*, en efecto, nos orienta hacia una relectura del mensaje de la *agape* interpersonal en el plano de las realizaciones humanas contemporáneas (nº 24; 30). ¿Y si la psicología moderna ha valorado más profundamente el amor como norma de maduración humana, no coincide ello con la madurez cristiana en la *agape*? El perfecto hombre que persigue la psicología es la condición más favorable para la realización del perfecto cristiano.

3. *Diálogo*

Otro "signo de los tiempos" aparece en el diálogo de las culturas y el intercambio de las riquezas humanas: es una "preparación evangélica" nueva, más madura, que coincide con la exigencia evangélica de aceptar para dar, de valorar lo creado por Dios. La misión de la Iglesia no es la de hacer *tabula rasa* para construir, sino la de bautizar las formas culturales y religiosas humanas (nº 44). Son justamente los estudios modernos sobre los mitos, sobre la fenomenología religiosa, sobre la experiencia religiosa universal, los que preparan las bases para una renovada teología de la salvación y de la Iglesia. Como vemos, oportunidad y también mayor exigencia acompañan siempre a los "signos" de los tiempos.

4. *Creatividad*

Nuestra época se distingue por un incontenible dinamismo humano (nn. 41, 42), por el progreso de la técnica y de las ciencias, por conquistas espectaculares en el macrocosmos y en el microcosmos, por cambios rápidos y profundos, por una aceleración vertiginosa de la historia (cf. nn. 4-7). El hombre renuncia a la antigua mentalidad estática en favor de una concepción más dinámica y evolutiva de las cosas (nº 5). Esta nueva mentalidad lo abre constantemente al futuro, pero le impone simultáneamente una valoración de las realidades terrenas.

Estas tres notas —dinamismo creador, apertura al futuro, valoración del mundo— son otros tantos signos que, lejos de bloquear la misión del cristiano, favorecen y solicitan con una urgencia apremiante. Ahora más que nunca, el cristiano puede actuar las energías del Evangelio (1 Corintios 1:18 ss; Romanos 1:16) y puede salir al encuentro de ese impulso hacia el futuro, de ese interés contemporáneo por la escatología, para anunciar la esperanza escatológica cristiana. Más aún: la "*laboriosidad creadora*

del hombre" (nº 4) responde a una intención de Dios (nº 34) y tiene un profundo sentido (nº 40). Hecho a imagen de Dios, aquél tiene la capacidad de someter todas las cosas (nº 34; cf. Sabiduría 9:3; Génesis 1:27s) y es rey de la creación (Sirac 17:1ss; Salmo 8).

El Génesis nos muestra que el hombre fue creado para plenificar la tierra y hacerla fecunda (2:5ss). El primer relato de la creación presenta a Dios trabajando como un hombre, en una semana arquetípica, para enseñar que el hombre debe trabajar como Dios y que el trabajo humano prolonga aquella gesta creadora (Génesis 1). Por el trabajo el hombre se perfecciona a sí mismo (nº 35), entra en relación interpersonal con los demás hombres, crea un mundo mejor al servicio de los otros, suscitando así la realización de la caridad humana. En una sentencia que quedará consagrada en la teología, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* afirma:

"El mensaje cristiano no sólo no aparta a los hombres de la construcción del mundo o los mueve a descuidar el bien de sus semejantes, sino que al contrario los obliga más rigurosamente a procurarlo (nº 34).

La actividad humana, en efecto, contribuye a continuar la obra del Creador, a ayudar al prójimo, y a cumplir con el esfuerzo personal el designio divino en la historia (nº 34).

El cristiano, por tanto, debe asumir plenamente al mundo como "tarea"; debe llegar a la Ciudad de Dios insertándose en la Ciudad terrestre. Es ciudadano de ambas ciudades con "*deberes terrestres*" (nº 43). El cristiano no puede evadirse del mundo sin descuidar las obligaciones humanas exigidas *por la misma fe* (nº 43). Al rehusar su papel en la civilización, el cristiano falta a su deber de amar al prójimo y a Dios, cuya creación debe prolongar (nº 43; cf. Efesios 4:28; Génesis 2:5ss.).

La *Gaudium et Spes* corrige cierto individualismo evasionista, integrando la escatología individualista en otra más social y eclesial, típica del Nuevo Testamento y de toda la Biblia, que a su vez implica la *transformación* del mundo y su consumación en Cristo (nn. 2, 45, 21, 39). La esperanza escatológica no puede aminorar la importancia de las tareas terrestres, sino que la apoya (nº 21), porque es en esta tierra "*donde crece el cuerpo de la nueva humanidad*" (nº 39) y donde se prepara misteriosamente el Reino (nº 39). No sabemos cómo será ese mundo nuevo que el Señor nos prepara, pero su novedad no será tanto física cuanto salvífica. Resulta difícil, por lo demás, pensar que Dios quiera destruir su propia obra. Lo que importa es el triunfo sobre el mal y sobre la muerte. Tal es la significación querigmática de los pasajes apoca-

lípticos de la Biblia. Al fin y al cabo, la teología de la resurrección —núcleo esencial del querigma— comparta la asunción y transfiguración de lo humano, de lo físico, de las realidades terrenas. ¿Y si nuestra incorporación bautismal a Cristo, si el mismo Misterio Pascual, significan que los últimos tiempos ya han comenzado misteriosamente, no es tarea cristiana colaborar con el hombre para llevar la creación a su punto Omega, a su consumación en Cristo resucitado? ¿No es acaso esta tarea una exigencia de la *agape* cristiana?

He aquí lo que supone la lectura cristiana de este “signo de los tiempos”. Si la salvación prolonga la creación, según el esquema bíblico de la historia salvífica, también el hombre, para salvarse, debe ser creador del mundo. Esta afirmación implica que el hombre que construye el mundo está manifestando la *agape*, puesto que el mundo es para los hombres. Por eso esta realidad contemporánea tan notable cual es el dinamismo creador del hombre moderno, es un signo que alinea al hombre en una dirección soteriológica.

Toca a la teología explotar las consecuencias de esta “cosmovisión” para la moral y la ascética cristianas, aún para la orientación de la vida religiosa.

AMBIGÜEDAD DE LO TERRENO

Resulta evidente que muchas realizaciones o aspiraciones del hombre actual connotan una ambigüedad inherente. Si el descubrimiento de la energía atómica es esperado como un bien de alcance insospechado por sus aplicaciones pacíficas, reviste también un peligro real y aterrador. La promoción social de la mujer solicita su contribución como complemento del hombre más allá del ámbito familiar, puede empero provocar un desequilibrio en este último, u otros peligros. Los medios de comunicación ayudan a la participación de los bienes culturales y a la unificación de la humanidad, pero propagan también ideologías destructoras o virus cancerosos. Pero tal es el riesgo de todo progreso. No hay que negar, sino discernir y superar lo defectuoso. Justamente aquí aparece clara la función hermenéutica de la lectura de los “signos de los tiempos” y el compromiso cristiano con las realidades del mundo. No es la evasión, sino el “engagement” lo que contribuye a la salvación del mundo.

II. — PROFECIA E INTERPRETACION DE LOS SIGNOS

1. *La función profética*

Conviene aquí hacer un paréntesis para reflexionar sobre el contenido "profético" de la lectura cristiana de los "signos de los tiempos". Puede ser que tengamos una imagen imperfecta de los profetas bíblicos. Toda la Biblia, que expresa la unidad del plan de Dios, es una "profecía" que anuncia el Misterio de Cristo. La Palabra de Dios orienta constantemente hacia una esperanza. Sin embargo, su función esencial es la de interpelar al hombre actual. Si le muestra el término del camino, le exige que camine por él en todo su trayecto, que se realiza ahora. El Mensaje es para el presente.

De igual manera los profetas no fueron anunciadores de cosas futuras. El profeta, como su reverso el apóstol, es un "llamado" (nabi) para una misión querigmática (cf. Isaías 6:8; Jeremías 1:7; Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1). La definición más adecuada del profeta es la de ser un intérprete de los tiempos a la luz de la fe arquetípica (Sinaí; Cristo). Como Dios se revela a través de la historia, el profeta es su intermediario, el que "descubre" el reverso divino de los sucesos humanos. La revelación emerge del terreno de la historia. La palabra profética la detecta y la proclama. El profeta descubre en los acontecimientos al Dios "que está ahí", como Pablo mostrara a los atenienses a Cristo en el "Dios desconocido" que ellos veneraban (Hechos 17:23).

Dios descubre sus planes y se muestra como Señor de la historia a través de la palabra profética. Figuras cual Nabucodonosor de Babilonia, o Ciro el persa, son interpretadas como instrumentando los proyectos de Yahvé. Aquél es calificado de "servidor" (Jeremías 25:9), Ciro es el "ungido" (Isaías 45:1). Tales títulos parecen paradójicos, si recordamos los oráculos proféticos contra las naciones. Pero esta ambigüedad de los hechos o de las personas es propia del querigma bíblico. Ahora bien, es el profeta quien interpreta los acontecimientos, el que los ubica en la perspectiva de la historia de la salvación. Consideraciones parecidas podrían hacerse respecto de otros temas, como el de la aspiración a la tierra de la promesa, o la teología del Dios de la "montaña". La Palabra de Dios revela el contenido soteriológico de ciertas realidades o sucesos. Por otra parte, los "signos" pueden aparecer en un contexto de crisis. Dios lleva adelante su plan salvando, y también castigando. Típicos son los oráculos de castigo de los profetas pre-exílicos. O se puede comparar el desplazamiento de Acaz (Isaías 7) como anulación aparente de la promesa dinás-

tica (2 Samuel 7). Un cambio produce una crisis, ésta abre una interrogación, Dios responde por la voz de los profetas. El mismo proceso vemos reflejado en la *Gaudium et Spes*.

Los profetas estaban atentos a los tiempos, donde escudriñaban y oteaban la presencia de Dios y la leían para los hombres. Eran los vigías de la historia. Hijo de hombre —interpela Yahvé a Ezequiel cuando lo llama—. Yo te he dado por vigía a la casa de Israel” (Ezequiel 3:17). Oseas, del siglo VIII, se proclama “profeta centinela de Efraín” (Oseas 9:8). Los profetas complementan las tradiciones religiosas de Israel. En la época monárquica, cuando cristalizan las tradiciones “yahvista” y “elohista”, actúan profetas de la talla de Elías, Amós o Isaías. La corriente “deuteronomista” del siglo VII tiene su paralelo en la temática jeremiana. Durante el exilio predicán Ezequiel y el Deutero-Isaías, y se forma la tradición “sacerdotal”; en la era de los profetas post-exílicos, por fin, se plasma la segunda tradición “sacerdotal”, representada por las Crónicas, Esdras y Nehemías.

Más realista que el “doctor”, que abstrae y se concentra en el contenido de verdad, el profeta “apunta” al sentido de los acontecimientos. Está polarizado por la historia. Reflexiona sobre las fuentes arquetípicas (los profetas no son “yahvistas” ni “elohistas”, ni siquiera “deuteronomistas”...) para encontrar la coincidencia entre el querigma y el mundo presente, no por concordismo, sino porque aquél es la fuente y porque de hecho Dios se revela en un contexto concreto y hay que reconocerlo, seguirle la pista. Dios se adelanta constantemente al hombre mediante “preparaciones evangélicas” que —a profundidad— constituyen una incubación de su presencia soteriológica en el mundo. Dios, en efecto, se revela por los hechos y por la historia.

2. Presencia profética de la Iglesia

Por ello, como la historia salvífica se prolonga a través de todos los siglos, el mundo necesita de nuevos profetas que hagan la hermenéutica de los tiempos. La Iglesia-testigo de Cristo asume radicalmente una función profética en la historia, como lo hacen los Sumos Pontífices y aquellos que participan de la función magistral. La Constitución *Gaudium et Spes* es una proclamación “profética” para el mundo de hoy, destinada a descifrar los “signos de los tiempos”.

Para esta función profética no se necesita una revelación nueva. Basta partir de las fuentes, como hacían los mismos profetas de Israel, quienes interpretaban los sucesos presentes a la luz de la fe sinaítica o de las tradiciones antiguas. La Palabra de Dios,

siendo un lenguaje, es una comunicación al hombre en su existencia concreta. Mas, por otra parte, es también supra-histórica. Ese doble carácter la convierte en arquetípica. Como tal, entonces, puede realizarse (hacerse real) en nuevas situaciones. No se requiere, por lo mismo, que Dios repita la modalidad de su revelación. Esta —como fue— también es paradigmática y se reedita pluriformemente en época sucesivas o laterales. De ahí que, para nuestro caso, la palabra profética puede ayudarnos a descifrar los “signos” nuevos de la historia humana. La vuelta a los arquetipos es siempre fecunda.

Los acontecimientos o los fenómenos humanos —en toda su densidad y en todo su espesor terrestre, y no “espiritualizados”— son “signos” del movimiento del mundo polarizado hacia el Cristo-télos.

No son sucesos insulares y aislados. Desde el momento en que son leídos querigmáticamente revelan una profunda “significación” y tejen la trama de la historia salvífica.

Aunque teñidos por ideologías extrañas o negativas, los acontecimientos humanos se convierten en soteriofánicos cuando la Palabra profética, afilada y eficaz, disipa las tinieblas que los recubren y vuelven opacos. Esta visión puede parecer demasiado optimista e ingenua, pero es exigida por la “presencia” del *Kyrios* de la historia en este mundo.

Ciertos movimientos sociales, culturales, o ideológicos son un toque de atención para el cristiano; muestran al hombre que se presenta esperanzado en el umbral del Evangelio. En lugar de condenar, el cristiano debe aprender a aceptar, a señalar el ingreso en el Evangelio. Acostumbrados a “partir de la verdad”, no comprendemos al viajero que llega harapos y cubierto de polvo. Lo rechazamos, en vez de descubrir la inmensa “capacidad de verdad” que éste trae consigo, cuya presencia puede ser “significativa”. Pero ya Juan XXIII nos orientaba a discifrar la otra faz de los “signos”. No debemos detenernos en la antítesis de los movimientos dialécticos de la historia, sino ayudar a realizar la síntesis a la luz del Evangelio.

Las situaciones nuevas que vive la humanidad expresan una profunda esperanza. De ahí su “oportunidad evangélica” y su apelación inconsciente de la verdad cristiana. Los hombres no desembocan casualmente en estas situaciones. Hay en ello una teleología. Ahora bien, esa esperanza —a menudo trunca— debe ser llenada por el Evangelio.

El mismo marxismo crea a los cristianos un “compromiso tremendo”, con toda la carga que puede tener esa expresión. El marxismo no se propaga por lo que tiene de malo, sino por lo que tiene de bueno, por lo que promete a una humanidad desilusiona-

da. Sus métodos, no obstante, y sobre todo su "capacidad de dar", no podrán satisfacer al hombre. Le tocará al Evangelio ocupar su lugar. Nos podemos interrogar, por tanto, si el marxismo no está marcando para los ojos cristianos la presencia en el hombre actual de un "signo" de los tiempos.

Ni el ateísmo contemporáneo, ni el marxismo, pueden llamarse "signos de los tiempos"; pero el uno y el otro son, en cierta medida, "detectores" de los "signos" que navegan a profundidad y que deben ser "leídos" por el querigma. El ateísmo indica la exigencia, en el hombre hodierno, de un Dios *más Dios y menos* creatural. La misma desacralización del mundo es un "signo" de la trascendencia de la Palabra y de la gracia. El marxismo, a su vez, está dibujando ante nuestros ojos la reclamación a gritos de una *teología de las realidades terrenas*, que justamente intenta elaborar la *Gaudium et Spes*. Tanto el ateísmo como el marxismo están haciendo, a su manera, un servicio al Evangelio. El marxismo está alertando a los cristianos para que integren su "extraterritorialidad salvadora" en un mundo más real. Es un peligro para un cristianismo debilitado, pero no para la "enérgeia" del Evangelio. Más bien, es un reto a la fecundidad creadora del cristianismo. Este debe "anular" a aquél. Pero lo anulará, no por la condenación, sino por el "vaciamiento". O sea, absorbiendo su contenido positivo, sus valores. Como Cristo "vació" la Ley al completarla y darle su sentido auténtico y definitivo.

III. GOZO Y ESPERANZA

La fe nos ayuda a ver en las señales del tiempo al Señor que viene y al mundo que sube a su encuentro. Los signos, por tanto, son "parusiacos". Orientan hacia Cristo. Señalan su presencia en el mundo. Cristo va eclosionando en cada época de la historia. Cada uno de estos ciclos va dibujando —como en una gestación admirable— la figura de Cristo. Pero es la fe la que —como en un proceso de revelación fotográfica— hace emerger esa imagen invisible registrada en el film de la historia. La fe aclara la presencia de Dios ya detectada por las señales de los tiempos. Comprenderemos mejor esta afirmación si tenemos en cuenta que Dios se manifiesta constantemente a través de los acontecimientos humanos. Toda la experiencia religiosa de Israel nos lo enseña. Pero fue siempre necesario, en la historia salvífica, que la fe iluminara la historia, que el profeta hiciera la hermenéutica de los "signos" salvíficos, que el querigma proclamara la salvación epifanizada sobre el terreno de los acontecimientos.

Concluamos con una reflexión teológica.

Cristo es el Señor (el Kyrios) de la Iglesia y del mundo. Pablo enseña que es la kefalé-Cabeza y —asumiendo una concepción del estoicismo filosófico— que es pleroma del mundo (cf. Colosenses-Efesios).

Ahora bien, es la lectura de los "signos" de este mundo la que hace aflorar y hace visible ese señorío pascual de Cristo. ¿Si El es el pleroma del mundo, no implica ello que éste tiene ya un ritmo "cristológico", que sus grandes momentos de triunfo, de conquista y realización, anuncian la epifanía escatológica del Kyrios? ¿Y no será entonces un deber cristiano el descifrar ante los ojos de los hombres la ascensión del mundo hacia la Parusía?

He aquí todo un programa para el cristiano de hoy.

JOSE S. CROATTO

Como bibliografía orientadora sobre el tema señalamos:

J. P. Jossua, *Discerner les signes des Temps*, en *La Vie Spirituelle*, nº 527 (1966), pp. 546-569.

Marcel Van Caster, *Catéchese des signes de notre temps*, en *Lumen Vitae*, nº 21 (1966), pp. 225-267.

M. D. Chenu, *Les signes des temps*, en *Nouvelle Revue Théologique*, nº 87 (1965), pp. 29-39; ver resumen en *Selecciones de Teología*, nº 16 (1965), pp. 295s.

Ph. Delhaye, *L'Ami du Clergé*, nº 19 (12.v.1966), pp. 297s